

les del ministro difunto. No habéis podido negar que esas empresas fuesen obra suya, y habéis introducido lastimosamente á ese Cadmus para embrollarnos.

—Caballero—dijo el abate—, no hablemos de Cadmus, puesto que os molesta. Unicamente quiero decir que un ministro tiene poca parte en sus empresas y que no merece por ellas ni gloria ni oprobio; y si en la comedia lamentable de la vida tienen los príncipes la misión de ordenar, como los pueblos de obedecer, esto no es más que un juego, una vana apariencia, pues realmente unos y otros son conducidos por una fuerza invisible.

UNIVERSIDAD DE LA FUENTE LINDA
BIBLIOTECA DE LA FUENTE LINDA
"ALFONSO"
Año 1828 MONTERREY, MEXICO

II

SAN ABRAHAM

Aquella noche de estío, mientras los mosquitos danzaban alrededor de la linterna de *El Joven Baco*, el señor abate Coignard tomaba el fresco bajo el pórtico de Saint-Benoit-le Betourné. Allí meditaba, según su costumbre, cuando Catalina fué á sentarse á su lado en el banco de piedra. Mi buen maestro gustaba de alabar á Dios en sus obras. Complaciase en contemplar aquella hermosa muchacha, y como tenía el carácter risueño y galán la dirigió algunas frases halagüeñas. La alabó por tener el alma no solamente en la lengua, sino también en la garganta y en el resto de su persona, y por sonreír no tanto con los labios y las mejillas como con todos los hoyuelos y todos los lindos pliegues de su carne, de tal manera que impacientaban las veladuras que impedían verla sonreír por entero.

—Puesto que al fin y al cabo—decía—es preciso pecar en la tierra, y nadie puede, sin sober-

bia, creerse infalible, sería con vos, señorita, con quien preferiría yo perder la divina gracia si tal fuera vuestro gusto. En ello encontraría yo dos preciosas ventajas, á saber: por de pronto, pecar con una extraña alegría y con delicias singulares; en segundo lugar, hallar rápidamente una excusa en el imperio de vuestros encantos, porque sin duda está escrito en el libro del Juicio que vuestros atractivos son irresistibles. Esto hay que tenerlo en cuenta. Se ven imprudentes que fornican con mujeres feas y mal formadas. Esos desgraciados, al hacer tal cosa, se ponen en riesgo de perder su alma; porque pecan por pecar, y su pecado laborioso rebosa malicia. Mientras que un cutis tan delicioso como el vuestro, Catalina, es una disculpa á los ojos del Eterno. Vuestros encantos aligeran maravillosamente la falta, que se hace perdonable siendo involuntaria. Para decíroslo todo, señorita, añadiré que á vuestro lado la gracia divina me abandona y huye con vuelo de águila.

«En este momento sólo se muestra ya como un puntito blanco por encima de esos tejados en cuyos canalones los gatos se encelan con gritos furiosos y con gemidos infantiles, mientras la luna se sienta descaradamente sobre el tubo de una

chimenea. Todo lo que admiro en vos, Catalina, me trastorna, y lo que no veo me trastorna mucho más todavía.

Al oír estas palabras, ella bajó los ojos, luego los volvió encendidos y brillantes hacia el señor abate Coignard. Y con voz dulcísima dijo:

—Puesto que tanto me admiráis, señor Jerónimo, prometedme que me concederéis un favor que quiero pedir, al cual os quedaré muy agradecida.

Mi buen maestro prometió. ¿Quién en su lugar no prometiera?

Catalina le dijo entonces resueltamente:

—Ya sabéis, señor Jerónimo, que el abate La Perruque, vicario de Saint-Benoit, acusa al hermano Angel de haberle robado un asno, por lo cual presentó una denuncia ante el provisor, aun que todo ello es una falsedad. El buen hermano había pedido el asno para llevar reliquias por los pueblos; el asno se ha perdido en el camino; las reliquias se han encontrado: y esto es lo esencial, como dice el hermano Angel. Pero el abate La Perruque reclama su asno y no se atiende á razones. Conseguirá que encierren al hermano en la cárcel del arzobispo. Sólo vos podéis aplacar su cólera y convencerle para que retire la denuncia.

—Pero, señorita—dijo el abate Coignard—, ni puedo ni quiero hacer eso.

—¡Oh!—repuso Catalina, acercándose más á él y mirándole con infinita ternura—, de que queráis cuidado yo, y me consideraría muy desdichada si no lo consiguiera. En cuanto á que podéis, señor Jerónimo, estoy segura. Nada tan fácil para vos como redimir al hermanito. Bastará que le facilitéis al señor La Perruque ocho sermones para la cuaresma y cuatro para el adviento. Hacéis tan bien los sermones, que debe ser para vos un goce hacerlos. Preparad esos doce sermones, señor Jerónimo; escribidlos en seguida. Yo misma iré á recogerlos á vuestro chiribitil de San Inocente. El señor La Perruque, teniendo un concepto muy elevado de vuestro saber y de vuestro mérito, estima que una docena de sermones vuestros vale un asno. En cuanto los tenga en su poder retirará la denuncia. Ya lo ha dicho. ¿Qué son doce sermones, señor Jerónimo? Y os prometo escribir *amén* al pie del último. Prometisteis complacerme—añadió, rodeándole con los brazos el cuello.

—En este punto—dijo malhumorado el señor Coignard, rechazando las lindas manos prendidas á su hombro—, me niego rotundamente. Las

promesas que se hacen á una mujer bonita no comprometen más que la piel y al desdecirse no se peca. No conteis conmigo, hermosa, para librar á vuestro amante barbudo de las manos del provisor. Si yo hiciese uno ó dos ó doce sermones, sería contra los malos frailes, que son la vergüenza de la Iglesia y como una polilla agarrada á la túnica de San Pedro. Ese hermano Angel es un bribón; hace tocar á las buenas mujeres, como si fuesen reliquias, algún hueso de carnero ó de cerdo que él mismo ha roído con repugnante glotonería. Apuesto á que ha llevado en el asno del señor La Perruque una pluma del ángel Gabriel, un rayo de la estrella de los magos, y, en una redomita, un poco del eco de las campanas que sonaron en la torre del templo de Salomón. Es ignorante, es embustero y vos le amáis. Tres razones suficientes para que me repugne. A mi juicio dejo el designar cuál de las tres es la más poderosa. Muy bien pudiera ser la menos honrada, pues me sentí atraído hacia vos hace un instante con una violencia impropia de mi edad y de mi estado. Pero que no os engañen las apariencias; yo siento muy intensamente los ultrajes que vuestro rufián encapuchado hace á la Iglesia de Nuestro Señor Jesu-

cristo, de la cual soy un miembro indigno. Y la conducta de ese capuchino me inspira tal repugnancia que me están acometiendo deseos de meditar cualquier hermoso pasaje de San Juan Crisóstomo, en vez de restregar mis rodillas contra las vuestras como lo hago desde hace un cuarto de hora. Porque el deseo del pecador es perecedero y la gloria de Dios dura eternamente. Nunca he tenido una idea exagerada del pecado de la carne. Es una justicia que merezco.

»No me escandalizo, como el señor Nicodemus, por cosa tan mezquina como regocijarse con una mujer bonita. Pero lo que no puedo soportar es la ruindad del alma, es la hipocresía, es la mentira y esa torpe ignorancia que hacen de vuestro fray Angel un perfecto capuchino. En su trato adquiriréis, señorita, un hábito de crápula que os coloca muy por bajo de vuestra condición, la cual es de moza galante, cuyas vergüenzas y miserias conozco, pero que sin duda es un estado muy superior al de capuchino. Ese pillete os deshonra, como deshonra hasta los arroyos de la calle de San Jacobo sólo con poner en ellos los pies. Pensad, señorita, en todas las virtudes con que aún pudierais adornaros en vuestro incierto oficio, una sola de las cuales tal vez bastase para fran-

quearos algún día el paraíso, si no os hallarais sometida y ligada á esa bestia inmundada.

»Sin dejar el ejercicio de vuestra profesión podríais aún, Catalina, florecer en fe, en esperanza y en caridad, amar á los pobres y visitar á los enfermos. Podríais aún ser limosnera y compasiva, y deleitaros castamente ante el espectáculo del cielo, de las aguas, de los bosques y de los sembrados. Podríais al levantaros y abrir vuestra ventana, ensalzar á Dios escuchando el canto de los pájaros. Podríais los días de peregrinación, escalar la montaña de San Valeriano y allí, bajo el calvario, llorar dulcemente vuestra perdida inocencia. Podríais hacer de manera que Aquél que sólo lee en los corazones dijese: «Catalina es mi criatura, y la reconozco á los últimos destellos de una bella luz que no se extinguió en ella por completo...»

Catalina le interrumpió:

—Pero señor abate—dijo secamente—, eso es un sermón en toda regla.

—¿No me pedíais doce?—respondió él.

Ella comenzó á disgustarse.

—Cuidado, señor abate. De vos depende que seamos amigos ó enemigos. ¿Queréis escribir los doce sermones? Reflexionadlo antes de responder.

—Señorita—dijo el señor abate Coignard—, yo cometo acciones vituperables en mi vida, pero nunca después de haberlas reflexionado.

—¿No queréis? ¿Estáis decidido? A la una... á las dos... ¿Os negáis?... Señor abate, ¡me vengaré! Quedóse un buen rato enojada, silenciosa y malhumorada sobre el banco. Luego, de repente, se puso á gritar:

—¡Dejadme! señor abate Coignard. A vuestros años con ese hábito respetable importunándome así. ¡Basta! ¡Señor abate! ¡qué vergüenzal ¡señor abate!

Cuando más agrios eran los chillidos, vió el abate á la señorita Lecœur, dependienta en *Las Tres Doncellas*, que pasaba bajo el pórtico. Dirigiáse á tales horas á confesar con el tercer vicario de San Benito y volvió la cabeza en señal de profundo desagrado.

Coignard comprendió al instante que la venganza de Catalina era pronta y segura, porque la virtud de la señorita Lecœur, fortalecida por la edad, habíase hecho tan vigorosa, que se entremetía en todas las impurezas de la parroquia, traspasando siete veces al día con la punta de su lengua, á los pecadores carnales de la calle de San Jacobo.

Pero la misma Catalina ignoraba de qué modo tan absoluto se había vengado. Había visto de lejos á la señorita Lecœur, pero no había visto á mi padre que la seguía.

Iba conmigo á buscar al abate bajo el pórtico para conducirlo á *El Joven Baco*. Mi padre gustaba de Catalina. Nada le molestaba tanto como verla asediada por galanteadores atrevidos. No se hacía ilusiones acerca de su conducta, pero, como él decía, saber y ver son dos cosas diferentes. Los gritos de Catalina llegaron muy claramente á sus oídos. Era impetuoso é incapaz de contenerse y experimenté un gran temor de que su cólera estallase en groseros adjetivos y en brutales amenazas. Ya le veía sacando la aguja de mechar, que siempre llevaba en la cinturilla de su mandil como un arma honrosa, porque tenía todo su orgullo en sus artes de figonero.

No eran del todo infundados mis temores. Pero como en aquella circunstancia Catalina mostraba su virtud, sirvió esto para sorprenderle, no para disgustarle, y la satisfacción venció en su alma á la cólera.

Acercóse mesuradamente á mi buen maestro, y le dijo con burlona seriedad:

—Señor Coignard: todos los sacerdotes que

buscan el trato de las mujeres galantes pierden su virtud y su fama. Y es muy justo, aun cuando no se hayan cobrado su deshonor con algún placer.

Catalina abandonó su sitio con un gesto de pudor ofendido, y mi buen maestro respondió á mi padre con una elocuencia suave y risueña:

—Esa máxima, señor Leonardo, es excelente; pero no debe aplicarse sin discernimiento y pegarla en toda ocasión como la etiqueta que el cuchillero cojo pone á todos sus cuchillos. No indagaré por qué pude merecer que me la aplicarais. ¿No basta que yo mismo confiese merecerla?

»No es decoroso ocuparse de sí mismo, y sería violentar demasiado mi pudor, obligarme á discurrir acerca de mis interioridades. Prefiero presentarnos, señor Leonardo, el ejemplo del venerable Roberto d'Arbrissel, que adquirió grandes méritos frecuentando á las mujeres galantes. Puede citarse también á San Abraham, anacoreta de Siria, que penetró sin escrúpulo en una casa pública.

—¿Quién es ese San Abraham?—preguntó mi padre, que tenía pocos alcances.

—Sentémonos ante vuestra puerta—dijo mi buen maestro—, traedme un jarro de vino y os

contaré la historia de ese gran santo, tal como nos ha sido enseñada por el propio San Efrain.

Mi padre mostró gran complacencia. Tomamos asiento los tres bajo el alero, y mi buen maestro habló como sigue:

—San Abraham, ya viejo, vivía solo en el desierto en una cabaña, cuando murió su hermano dejando una hija de extremada belleza, que se lamaba María. Seguro de que aquella vida de penitencia sería excelente para su sobrina, Abraham hizo construir para ella un cuchitril contiguo al suyo, desde donde la instruía por una ventanita que abrió.

»Tenía buen cuidado de que María ayunase, velase y cantase salmos. Pero un monje, que se supone fuera un falso monje, habiéndose acercado á ella mientras el santo varón Abraham meditaba sobre las Escrituras, indujo en pecado á la joven, la cual inmediatamente pensó:

»—Puesto que ya he muerto para Dios, lo mejor será que me vaya á un país donde nadie me conozca.

»Y abandonando su cuchitril, fuése á una ciudad próxima llamada Edesa, donde había deliciosos jardines y frescas fuentes, y que aun hoy es la más agradable de las ciudades de Siria.

»Entre tanto el santo varón Abraham permanecía sumido en una meditación profunda. Hacía ya muchos días que su sobrina no estaba allí, cuando abrió el ventanillo para preguntarla:

»—María, ¿por qué no cantas los salmos que entonabas tan bien?

»Y como no recibiese respuesta, sospechando la verdad, exclamó:

»—¡Un lobo cruel se ha llevado mi oveja!

»Permaneció en la mayor aflicción durante dos años; transcurridos los cuales supo que su sobrina arrastraba una existencia vergonzosa. Obrando prudentemente, rogó á uno de sus amigos que fuese á la ciudad para enterarse con exactitud de lo ocurrido. Las referencias de aquel amigo comprobaron que María arrastraba una vida perversa.

»El santo varón rogó á su amigo que le prestase un traje de caballero y que le proporcionara un caballo; y habiendo cubierto su cabeza, para no ser reconocido, con un gran sombrero que le sombreaba el rostro, se presentó en la hospedería donde le dijeron que se alojaba su sobrina.

»Miró á todas partes con afán de encontrarla, pero no viéndola preguntó al hostelero, fingiendo una sonrisa:

»—Maestro, dicen que tenéis aquí una muchacha preciosa. ¿No podría yo verla?

»El hostelero, que era servicial, la hizo llamar, y María se presentó en un traje que, según la propia expresión de San Efrain, bastaba para revelar su conducta. El santo varón sintióse traspasado de dolor.

»Afectó, sin embargo, una intensa alegría y encargó una buena cena. María estaba en aquella ocasión de un humor sombrío. No siempre nos hallamos dispuestos á prodigar el placer; y la presencia de aquel viejo, á quien no reconocía porque no se había quitado el sombrero un solo instante, no la proporcionaba alegría ninguna. El hostelero echóla en cara lo incorrecto de su actitud y lo incompatible que era con los deberes de su profesión; pero ella dijo suspirando:

»—¡Ojalá me hubiera llevado Dios hace tres años!

»El santo varón Abraham tuvo buen cuidado de adoptar el lenguaje de un caballero galanteador como había adoptado las vestiduras:

»—Hija mía—dijo—yo no vengo á llorar tus pecados, sino á compartir tus amores.

»Pero cuando el hostelero los dejó solos, cesó de fingir, y alzando el ala del sombrero, dijo entre lágrimas:

»—María, hija mía, ¿no me conoces? ¿No soy yo Abraham, que fué para ti un segundo padre?

»La cogió una mano exhortándola toda la noche al arrepentimiento y á la penitencia, cuidando mucho de no desesperanzarla. Sin cesar la repetía: «¡Hija, sólo Dios es impecable!»

»María era naturalmente bondadosa. Consintió en volver á su lado. Al amanecer se fueron. Ella quería llevar sus trajes y sus joyas, pero el santo varón la hizo comprender que era más oportuno dejarlas. La subió sobre su caballo y la condujo á su cabaña, donde reanudaron su vida de penitencia. Pero entonces cuidó mucho el santo varón de que el cuchitril de María no tuviese puerta al campo, y de que no se pudiera salir de él sin pasar por el suyo, con lo cual y la gracia de Dios, guardó su oveja.

»Tal es la historia de San Abraham»—dijo mi buen maestro mientras cogía un vaso de vino.

—Es bellísima—dijo mi padre—y la desgracia de esa pobre María ha inundado en lágrimas los ojos.

III

LOS MINISTROS DE ESTADO

(Conclusión.)

Aquel día nos sorprendimos mucho mi buen maestro y yo, al ver en casa del señor Blaizot, en la *Imagen de Santa Catalina*, á un hombrecito amarillento y flaco, que era el célebre libelista Juan Hibou. Teníamos varias razones para creerle en la Bastilla, donde vivía generalmente, y si no dudamos en reconocerle, fué porque su rostro conservaba aún la tristeza y la humedad de los calabozos.

Hojeaba con mano temblorosa, bajo la mirada inquieta del librero, las obras recientemente llegadas de Holanda. El señor Jerónimo Coignard le saludó quitándose el sombrero con una gracia natural que hubiera resultado más notoria si el sombrero de mi buen maestro no hubiera sido abollado en una disputa sin consecuencias que